

no falta más que la de las bibliotecas y algunas otras cosas de poca importancia, me temo que no me han de faltar molestias, pues como Ud. verá por el papel adjunto, se ha principiado un expediente para continuar la persecución que se ha desencadenado contra mí. Y si bien es cierto que no me agradaría mucho verme envuelto, sin tener culpa alguna, en una causa criminal, lo sentiría mucho más por S. E. I., *que está enteramente inocente*; y aun sin noticia alguna del negocio, después del tiempo que ha transcurrido desde que se dijo que las alhajas habían sido devueltas á Palacio. Pero tengo la confianza de que en el caso de dirigirse á él, evitará y cortará todas las molestias con sólo decir que con consentimiento de S. M. dejó de ser Presidente de El Escorial en Junio último, y que desde entonces no ha sabido ni podido saber lo que pasa en él, máxime no habiendo vuelto al Monasterio desde Abril anterior, y que en todo caso aquí está su Vicepresidente, que dará sobre el asunto todas las explicaciones necesarias y responderá, si fuere menester, de las faltas que haya (1).»

En este estado estaban las cosas sin saber en qué pararían cuando el resultado del acta del 13 de Enero, en la que el Padre Pagés presentó el recibo de las custodias, vino á empeorarlas y hacer imposible el salvarlas de las uñas de la fiera revolucionaria sin gravísimo riesgo y sin armar algún escándalo. Habíase resuelto llamar á D. Dionisio á declarar ante el Juzgado, cogerle preso y hacer un registro en la casa, y en caso de hallar las custodias formarle causa criminal. En vista del mal cariz que tomaba el negocio, el Sr. D. Ildefonso González escribió al Siervo de Dios, que nada sabía aún de la estratagemata de que aquél se había valido para poner á salvo las custodias, consultándole si convenía entregarlas ó no, y el Sr. Arzobispo, con fecha 26 de Enero, respondió al punto mandando hacer entrega de ellas para cortar todos los escándalos que de aquí podían originarse. Así se hizo, y el 9 de Febrero tenía ya el gusto D. Dionisio de escribir al Siervo de Dios lo siguiente: «He entregado hoy las custodias y demás alhajas. Mañana, Dios mediante, le mandaré el testimonio del acta.» Su hermano D. Ildefonso, con fecha 13 del mismo mes, notificaba al P. Claret lo mismo, y añadía: «Siento mucho la presen-

(1) Carta del 3 de Enero de 1869.

tación de las alhajas, porque tal vez *no llegarán algún día á servir para los fines á que estaban destinadas*; pero me consuelo porque Dios así lo quiere, y me place porque así quedan desmentidos los calumniadores y blasfemadores, que tanto han dicho sin más interés que ofender á V. E., tan inocente.»

Aunque la entrega de las alhajas y la inocencia del Sr. Arzobispo fueron cosas tan públicas y notorias en Madrid que sus enemigos no podían ignorarlas, ningún periódico revolucionario de los que tan vilmente le calumniaron tuvo la franqueza y sinceridad de retractarse.

7. Los que de esta manera tan vergonzosa se ensañaron contra el P. Claret á pesar de gemir en el destierro, no podían menos de manifestar su odio contra sus hijos los Misioneros del Corazón de María, que eran los que más fielmente representaban su apostolado. Una cuestión pendiente entre nuestra Casa-misión de Vich y el Municipio de esta ciudad, hacía ya presagiar en 1866 la guerra que debían hacernos en tiempos de revueltas ciertas personas de la ralea de los que tan vilmente perseguían al Siervo de Dios. Como en ese año había crecido ya bastante nuestra Congregación, y el local de la Casa de Vich, en donde teníamos el Noviciado, era escaso para contener el número de novicios, que diariamente iba en aumento, se pidió otra vez la parte llamada del *Dibujo*, injustamente detenida por la Corporación municipal; mas aunque los nuestros hicieron al Municipio proposiciones muy aceptables, hasta ofrecer una cantidad considerable de dinero, nada se alcanzó; en vista de lo cual, el Sr. Obispo de la diócesis, de acuerdo con el Superior de nuestro Instituto, acudió en demanda de justicia á la Junta de Instrucción provincial, y ésta, después de un escrupuloso examen, declaró que la justicia estaba en favor de los Misioneros; y de conformidad con esta resolución, el 24 de Julio de 1868 se dió un Real decreto, comunicado por oficio del Gobernador de Barcelona al Municipio de Vich, en el cual se le mandaba formalmente que entregase dicho local llamado del *Dibujo*; mas como la revolución estaba ya para estallar, los malévolos trabajaron con mucho empeño para retardar la ejecución de las órdenes superiores. Al mismo tiempo hacían á los Misioneros blanco de sus hablillas difamándolos, y hasta los amenazaron con apoderarse de todo el edificio y cometer otros desmanes.

Triunfó, por desgracia, la revolución de Septiembre, y los malos creyeron haber llegado ya la hora de sus diabólicas venganzas. El primero de Octubre se presentaron á la Casa de Vich muchos amigos y conocidos para avisar á los nuestros de lo que contra ellos se fraguaba, que era nada menos que quemar el edificio, y para ofrecerles generoso albergue en sus casas. Los Misioneros, empero, agradeciendo la hidalga oferta, resolvieron valerosamente no dejar su dulce morada de paz y oración hasta que la autoridad los obligara á salir, fiados únicamente en la providencia del Señor. Quedóse con ellos aquella noche de zozobras y peligros el Ilmo. Sr. Aguilar, actual Obispo de Segorbe, y á la sazón simple sacerdote, y con él estuvieron mirando, desde los puntos más elevados de la casa, el incendio de las garitas de consumos, presenciado por infinidad de curiosos que se retiraron después sin perturbar el orden, bien que para conservarlo había salido una compañía de bomberos de la ciudad. El P. Clotet, de cuyas piadosas Memorias entresaco estos datos, preguntó á la mañana del día siguiente á un bombero amigo suyo si en aquel desahogo popular se había dicho algo contra los Misioneros, y le respondió: "No, señor; ni una sola palabra contra ustedes."

Con todo, á las tres de la tarde de aquel mismo día segundo de Octubre, se presentó á la Casa-misión la Junta revolucionaria é intimó á los nuestros la orden de desocuparla antes de veinticuatro horas. Protestaron éstos, mas el presidente de la Junta replicó que eran en vano las protestas. Considérese el apuro en que se verían los pobres Misioneros, pues formaban una Comunidad de cincuenta á sesenta individuos, y había en la casa el ajuar necesario para cada uno de ellos y además para un número igual de ejercitantes, en atención á que servía también el edificio para dar ejercicios al clero y á otras personas de fuera. Halláronse en un verdadero conflicto para sacar con la prontitud que la Junta exigía tantos muebles y utensilios y colocarlos debidamente en lugar seguro. El presidente de la Junta mostró grande impaciencia cuando vió que antes de las veinticuatro horas no estaba aún la casa desocupada, y delante del reverendo P. Clotet reprendió agriamente á un Hermano Coadjutor que sacaba un jergón, y le prohibió que sacara nada más. El humilde P. Clotet, al presenciar acción tan indigna, se quejó en buenas formas del modo inicuo é injusto con

que se les trataba; pero el presidente respondió con burlona sonrisa y repugnante cinismo: "Piense Ud. que son vicisitudes de los tiempos."

Al otro día se publicó en un papelucho de la ciudad que, habiendo los Misioneros de la Merced *abandonado* su convento, lo había ocupado la Junta revolucionaria. El mismo día que los nuestros fueron expulsados de la que era cuna de la Congregación, había llegado á aquella casa el Hermano Casas, trayendo noticias aún más desconsoladoras de lo que había pasado en nuestra Casa de La Selva, provincia de Tarragona. Habiéndose presentado á ella una pandilla de los revolucionarios de Reus, provistos de armas, á las ocho y media de la noche del mismo 30 de Septiembre, deshicieron en mil pedazos á golpes de hacha la puerta de la huerta, y entrando algunos por ella, obligaron al Superior de la Casa á que les abriese la puerta principal. Apenas le vieron, comenzaron á insultarle con las palabras más indecentes y las blasfemias más horribles; pasaron luego de las palabras á las obras, descargando sobre él furiosos y repetidos golpes con la culata del fusil, y ebrios de sangre al ver que el Padre se apartaba de ellos, le dispararon un tiro, pero la bala, afortunadamente, sólo le traspasó el capote ó balandrán. Introduciéndose en seguida el Superior, que era el P. Francisco Rexach, por la puerta de los claustros en la sacristía, y de aquí en la iglesia, se salvó de una muerte segura y violenta, aunque salió muy mal parado de los golpes recibidos.

No salió tan bien librado, ó mejor, más dichosa suerte tuvo el fervoroso P. Francisco Crusáts, que había bajado con él á abrir la puerta á los tigres revolucionarios, pues arrebató la palma del martirio. Era el P. Crusáts en extremo amable y piadoso y deseaba ardientemente derramar su sangre por Jesucristo. La noche antes, en la conferencia de Moral, como si tuviera revelación de lo que había de suceder, había propuesto la cuestión de si sería verdadero mártir el que muriera á manos de los impíos revolucionarios, obrando éstos en odio á la Religión, y al día siguiente pudo resolver ya la cuestión en el cielo entre los coros de los mártires. Cuando juntamente con el Superior de que se ha hablado se vió el P. Crusáts en presencia de los asesinos, mostróse con ellos en gran manera afable; llamábalos hermanos, y á sus insultos respondía, lo

mismo que el Superior, ofreciéndoles cuanto había en la Casa. Lejos de ablandarse aquellas fieras con tan extraordinaria mansedumbre, se enfurecieron más y más y golpearonle con más rabia con las culatas de los fusiles, y cuando el Superior se les escapó de entre las manos descargaron sobre el Padre Crusáts toda su furia hasta que, como inocente cordero, le degollaron. Mientras le herían invocaba los dulcísimos nombres de Jesús y de María, y antes de morir se le oyó exclamar: "¡Madre de Dios, Madre de Dios! ¡Dios mío! ¡Perdónalos!,"

El P. Berenguer se había refugiado en la tribuna de la iglesia; el P. Coma, con el Hermano Mas, en la bóveda de la misma; el Hermano Pallejá en el púlpito, y el Hermano Casas, con los demás Hermanos Coadjutores, se salieron por la puerta. Este último pasó la noche debajo de un árbol, y con la abundante lluvia que cayó quedó enteramente calado. Los revolucionarios, entretanto, ebrios de sangre religiosa, recorrían la Casa buscando á los demás Padres y Hermanos, y fué una verdadera maravilla no topasen con el P. Berenguer, que estaba en una pequeña tribuna que da á la iglesia, la puerta de la cual abrieron por dos veces. Cuando los amigos de los Misioneros y otros del pueblo de La Selva tuvieron noticia de lo que pasaba en la Casa-misión, corrieron á ella y salvaron á nuestros Hermanos haciendo salir á las fieras revolucionarias. Al levantar nuestros amigos de La Selva el cadáver del Padre Crusáts, bañado en su propia sangre, observaron que le habían degollado, pues tenía el corte principal en la garganta. Dos horas antes de morir, cuando nada hacía aún sospechar esta horrible escena, el piadosísimo Padre, á quien los pueblos de Castilla apellidaban el santo, había purificado más y más su hermosa alma en el santo tribunal de la penitencia, como si presintiera que pronto había de ir á celebrar sus bodas con el Cordero inmaculado. Habíase cumplido la primera parte de la profecía de nuestro Venerable Fundador, que, según vimos, predicando en 1865 á sus Misioneros de Vich, había dicho que vendría una revolución y que en ella sería nuestra Congregación sellada con la sangre de algún mártir, lo cual fué tanto más maravilloso cuanto que no consta que en los demás Institutos religiosos haya habido víctima alguna de la revolución del 68.

Al llegar á oídos del Siervo de Dios la trágica pero gloriosa muerte del P. Crusáts, escribió á nuestro Rmo. P. General diciéndole: "Demos gracias á Dios; ya el Señor y su Santísima Madre se han dignado aceptar las primicias de los mártires. Deseaba yo muchísimo ser el primero de la Congregación, pero no he sido digno y otro me ha ganado por la mano. Doy el parabién al mártir y santo Crusáts y felicito al P. Rexach por la suerte que ha tenido: doy también mil parabienes á todos los individuos de la Congregación por la dicha de verse perseguidos. Dígales Ud. de mi parte tengan ánimo y confianza en los sagrados Corazones de Jesús y de María: no duran siempre las borrascas y los huracanes: después de ellos vienen la tranquilidad y la bonanza (1).,"

Así juzgaba el Siervo de Dios de los acontecimientos con ese divino criterio que nunca yerra. Mirado humanamente, la Congregación, que contemplaba á sus individuos dispersos, perdidas sus casas, de las que se apoderaron los revolucionarios, perseguidos de muerte á sus más preclaros miembros, sin hogar donde juntarse y sin recursos para establecerse en donde se disfrutaba de alguna paz, parecía caminar á su total ruina. En Segovia la Junta revolucionaria no se contentó con arrojar á los Misioneros á la calle, sino que los mandó salir de toda la provincia en el término de ocho días. En Vich, á más de lo dicho, ocurrieron otras escenas desagradables. Dos de nuestros Padres con un Hermano lego se habían refugiado, con aprobación del Superior, en casa del Sr. Pujol, propietario de Viladráu y pariente de uno de los nuestros. Una partida de voluntarios *de la libertad* procedentes de Barcelona, que había llegado á dicho pueblo á las cuatro de la tarde, se presentó á casa del Sr. Pujol de ocho á nueve de la noche, y el comandante declaró presos á los Padres y al Hermano, diciéndoles que se habían de presentar al Gobernador militar de Vich, lo cual era muy extraño, no sólo porque no había causa alguna para ello, sino también porque, perteneciendo Viladráu á la provincia y jurisdicción de Gerona, no podían los nuestros ser presentados al Gobierno militar de Vich, que pertenece á la de Barcelona. Sea como fuere, el hecho es que el Capitán general de Cataluña mandó formar causa á los tres

(1) Carta del 7 de Octubre de 1868.

individuos referidos, y aún no sabemos por qué, y después de haberles causado no pequeñas molestias, lo mismo que á su digno Superior, se les declaró libres. Entre los bienhechores y amigos que acogieron á los nuestros en sus casas, merecen citarse el Sr. D. Joaquín de Rocafiguera, que generosamente ofreció á los Misioneros de Vich dos pisos, en los que habitaron por varios años, y el Sr. Marqués del Arco, que en sus posesiones de Isla acogió á varios Padres.

Muchos daban ya por muerto el naciente Instituto; pero la divina Providencia velaba por él, y la revolución sólo sirvió para que, cortadas las ramas secas de los que no participaban de la savia de su espíritu, se robusteciese, y con nueva y vigorosa vida extendiese más lejos su influencia y para que los individuos del mismo tuviesen el consuelo de abrazar nuevamente á su Fundador, de aspirar el suave perfume que sus virtudes exhalaban cuando estaba ya cercana su muerte y de recoger los últimos consejos que como en testamento les legaba.

Efectivamente: el Rmo. P. José Xifré, siguiendo los impulsos del Señor, que quería llevarnos á Francia, al lugar de destierro de nuestro amado Padre, con una recomendación del Sr. Obispo de Vich se presentó al de Perpignán, el cual le recibió benignamente, y conocido el motivo de la visita le prometió que protegería á los Misioneros, bien que no pudo ofrecerles edificio alguno. El 27 de Noviembre se instalaron interinamente algunos de los nuestros en Perpignán en un piso que alquilaron en la casa núm. 11 de la calle de San Martín, mientras que el Rmo. P. General practicaba diligencias para hallar local más conveniente en la misma diócesis ó en otras. El 28 de Diciembre se presentó á nuestra residencia de Perpignán D. Remigio Jacomí, acompañado del Superior del pequeño Seminario de Prades, el señor Canónigo D. Tomás Barte, para ofrecer el convento de San Miguel de Cuxá, antiguo monasterio de Benedictinos, situado á media legua de Prades. No pudiéndose aceptar por su estado ruinoso y por otras causas, nuestros Padres alquilaron una espaciosa casa del mismo D. Remigio Jacomí, situada en el mismo Prades, con una hermosa huerta de muy buenas condiciones higiénicas. En ella se instalaron los que estaban en Perpignán el 2 de Febrero de 1869, y desde este lugar tan á propósito para Colegio y Novi-

ciado fueron llamados los estudiantes y novicios que la revolución había dispersado.

Entretanto nuestro venerable Fundador, á pesar de las amarguras que tenía que devorar en el destierro, vigilaba en gran manera por sus amados hijos los Misioneros, y por medio de cartas los alentaba para no desmayar y les daba útiles consejos para no perder el espíritu en medio de las revueltas revolucionarias. El 17 de Octubre de 1868 les hacía desde Pau estas prudentísimas advertencias: "En cuanto sea posible procure Ud. (habla con el P. General) que los sacerdotes vivan de dos en dos con uno ó dos Hermanos que les hagan la comida; distribúyanse en varias poblaciones; guarden las Reglas y el recogimiento como cuando estaban en las Casas: ocúpense en confesar, animar y consolar á los fieles, y exhórtenlos á hacer oración y frecuentar los Sacramentos. Espero,—añadía,—que la Congregación sacará un grande bien de estas tribulaciones. Siembra su trigo el labrador, nace muy lozano y crece de tal manera que todo el campo parece una hermosa y verde alfombra; pero ¡ay, Dios mío! vienen fríos tan recios, vientos del Norte tan fuertes, heladas tan continuas que dejan ajadas las hojas de la planta, y como si esto fuera poco, las cubre una nevada: el necio se espanta, pero el labrador se alegra, porque sabe que se derretirá la nieve, calmará el frío, vendrá el buen tiempo y todo aquello habrá servido para que el trigo, teniendo sus raíces más profundas, saque después mejores tallos. Anímense, pues, pensando que así sucederá en la Congregación." Así fué, en efecto, pues como si la sangre del primer mártir de la Congregación fuera como la señal dada por Dios para indicarnos que había llegado la hora de extendernos por todas partes, desde entonces, conforme á la segunda parte de la profecía del Siervo de Dios, comenzó para la Congregación un nuevo período de florecimiento; las vocaciones fueron cada vez más numerosas, y en los años sucesivos hicieronse sin interrupción fundaciones en diversas partes del mundo. En su lugar veremos más extensamente el rápido incremento que tomó la Congregación, según lo había previsto su santo Fundador; pues ahora tornaremos á contemplarle más de cerca en los postreros actos de celo llevados á cabo en los últimos días que estuvo en París al lado de la Reina destronada.

8. En la Cuaresma de 1869 dió una serie de conferencias á

la colonia española de la capital de Francia y confesó á muchísimos españoles. Era un espectáculo conmovedor ver á aquellos numerosos hijos de España, muchos de ellos personajes ilustres proscriptos por la revolución, agrupados al pie de los altares y alrededor de aquel venerando Obispo, coronado con la aureola de la persecución y despidiendo los últimos destellos de su santidad, para escuchar las postreras voces de su elocuencia evangélica y calentar sus corazones en el fuego de la caridad, cuando todo en su patria respiraba odio y venganza. Otra de sus ocupaciones en este tiempo fué la de preparar al Príncipe de Asturias para la primera comunión, que recibió en Roma de manos del Papa, y en disponer á la Infanta Doña María del Pilar á la primera confesión, que hizo con el mismo Siervo de Dios. Predicó también tres ó cuatro días á las Religiosas de San José, que estaban muy deseosas de oírle; y para su mayor aprovechamiento, el capellán de ellas les repetía en francés lo que el Sr. Arzobispo les había predicado en castellano: gustóles de una manera especial la gracia de las comparaciones con que confirmaba su doctrina. Con su amable trato ganaba para Dios los corazones de cuantos le hablaban, y su salida de París fué no poco sentida de los amigos que allí tenía y de los muchos que su virtud le había conquistado, mayormente de las Religiosas, cuyo capellán le había hospedado en su habitación y de las niñas del Colegio, quienes al despedirse de él derramaron todas abundantes lágrimas.

Pero quien más sintió la separación fué la Reina Isabel, que tantos títulos tenía para estarle agradecida. Después que esta señora hubo cumplido con el precepto pascual, y cuando ya el Siervo de Dios podía separarse de su lado con decoro, fué éste á despedirse de ella, de su augusto esposo y de la Real familia, todos los cuales le dieron inequívocas pruebas de estimación y agradecimiento, especialmente por no haberlos abandonado cuando la desgracia ahuyentó de su lado á tantos que se decían amigos y habían hecho protestas de lealdad. Era el ánimo del P. Claret ir á nuestra Casa-misión de Prades á juntarse para siempre con los suyos; pero las circunstancias le aconsejaron que desistiese por entonces de ese plan; y así salió de París directamente para Roma el 30 de Marzo y llegó á esta capital el 2 de Abril de 1869.

Ya no le veremos más al lado de las grandezas humanas; la Corte, que había sido para él un verdadero calvario y un prolongado martirio, se había disipado como el humo ante el huracán revolucionario que tantos años antes había previsto se desencadenaría contra ella, y apenas quedaban de la misma los augustos personajes que, ídolos antes de la misma, veíanse ahora obligados á gemir en el destierro solitarios y muy lejos del noble alcázar que los vió nacer. Para Isabel II y su Real familia, símbolo de las grandezas humanas, fueron aquellos días de prueba y tribulación; mas para el Siervo de Dios, que sólo anhelaba seguir á Jesucristo pobre y desnudo, lejos de las vanidades del mundo y de cuanto puede entretejer el corazón para que no se vuelva al Señor con todos sus afectos, fué aquella la hora de su libertad, porque, sujeto largo tiempo, como pobre pajarillo, por cumplir la voluntad de Dios, en la dorada jaula de la corte, vió acercarse alegre el instante en que había de recobrar su codiciada libertad para volar á lo alto del árbol de la cruz y abrazarse con Jesucristo, su Amado y su todo, por quien tenía á dicha y ventura el morir pobre, desamparado de todas las criaturas, y rico únicamente con los tesoros del cielo y alegre y feliz con verse esculpido en el amante Corazón del Salvador del mundo. La Ciudad Santa de Roma, que encierra en su seno los piadosos recuerdos de tantos mártires y de tantos confesores que la embalsamaron con el buen olor de Cristo, iba á ofrecer á su contemplación nuevos y hermosísimos horizontes en que explayarse, y á su corazón nuevos combustibles para acrecentar en él la llama de la caridad.

Entretanto muchas personas lloraban en otra parte su ausencia y se acordaban de él derramando lágrimas de devoción. La atmósfera de santidad que dejó en París fué tal, que las Hermanas de San José, por respeto al Siervo de Dios, convirtieron el aposento en que estuvo en una especie de oratorio, y lo tuvieron así por muchos años. En 1881 todavía se conservaban vivos recuerdos de los ejemplos admirables que dejó en aquel lugar como en dondequiera que pasaba, conforme se desprende de estas líneas, que el Excmo. Sr. D. Pedro Sánchez Carrascosa, Obispo que fué de Ávila, escribía al reverendo P. Clotet con fecha 17 de Octubre del mencionado año: "Ayer,—dice,—tuve la inmensa dicha de visitar la humil-

de morada que ocupó por espacio de seis meses nuestro venerable Arzobispo Claret en la casita de la calle de Monceau, número 21. ¿Cómo explicar á Ud., mi amado P. Clotet, la impresión que mi visita produjo en aquellas humildes Religiosas que besan el pavimento que pisó nuestro santo Padre y comentan sus palabras, acciones y virtudes en sentido de santidad? ¿Cómo decir á Ud. las impresiones de nuestra alma al contemplar el altarcito de la capilla en que celebraba, y su dormitorio, presidido por su retrato y el de Santa Teresa, que lloré al verlos? No he tenido rato más agradable y conmovedor. Las Hermanas de San José están prontas á suscribir todas á porfía su información encomiasta. „ Los mismos recuerdos de virtud y santidad dejó en la Ciudad Eterna, según veremos en el capítulo que sigue.



CAPITULO XV

DE LO QUE HIZO EN ROMA EL SIERVO DE DIOS Y DE SU BREVE ESTANCIA EN PRADES

1. Hospédase en San Adrián. — Audiencia pontificia. — 2. Pobreza á que se vió reducido. — Socórrenle el Príncipe Alfonso y el Conde de Cheste. — Carta que le escribió Isabel II desde París. — 3. Vida que llevaba en Roma. — Fundación de la Casa-misión de Argel. — Nuevas fundaciones en Santiago de Chile. — 4. Ejercicios espirituales de 1869: gracias que en ellos alcanzó. — Fragmento interesante de una carta del Siervo de Dios. — 5. Aprobación definitiva de nuestras Constituciones. — 6. Trabajos del Siervo de Dios relativos al Concilio Vaticano. — Atentado contra los Padres del Concilio. — Discurso que pronunció sobre la infalibilidad pontificia. — Opinión de santidad en que le tenían los Padres del Concilio. — 7. Sus achaques y deseos de ir al cielo. — Anuncia su muerte y la entrada de los italianísimos en Roma. — Sale de Roma. — 8. El P. Claret entre sus Misioneros de Prades. — Distribución de premios. — 9. Los revolucionarios tratan de internarle. — Camino del destierro hasta Fontfroide.

1. Llegado á Roma el Siervo de Dios, fué á hospedarse en el convento de San Adrián, de Religiosos Mercenarios, en donde le esperaba con los brazos abiertos el Rmo. P. José Reig, nombrado por Pío IX Superior general de su Orden. Dicho Padre, como se dijo ya en su lugar, después de las tormentas revolucionarias que habían asolado los conventos que las Órdenes religiosas tenían en España, se había refugiado en nuestro naciente Instituto, viviendo entre los primeros Padres como si fuera uno de ellos, hasta que su legítimo Superior le llamó á Roma para ocupar un cargo muy importante. Por esta causa tenía mucho afecto á nuestros Misioneros, y más al venerable Fundador, y servía á nuestra Congregación como de representante y agente para cuanto se ofrecía tratar con la Santa Sede.

Al día siguiente de su llegada á la Ciudad Eterna pidió el Sr. Arzobispo audiencia con el Padre Santo; mas como en